

Prólogo

*Londres, no lejos de la iglesia de Saint George, Hanover Square.
Verano de 1827*

Le ardían los pulmones.

Gregory Bridgerton corría. Corría por las calles de Londres, ajeno a las miradas curiosas de los transeúntes.

Tenían sus movimientos un ritmo poderoso y extraño (uno, dos, tres, cuatro, uno, dos, tres, cuatro) que lo impulsaba hacia delante a pesar de que su mente permanecía concentrada en una sola cosa.

La iglesia.

Tenía que llegar a la iglesia.

Tenía que detener la boda.

¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? ¿Un minuto? ¿Cinco? No lo sabía, no podía concentrarse en nada, salvo en su meta.

La iglesia. Tenía que llegar a la iglesia.

Había empezado a las once. Aquella cosa. La ceremonia. Aquella cosa que no debería haber ocurrido. Pero ella lo había hecho de todos modos. Y él tenía que pararlo. Tenía que detenerla. No sabía cómo, y menos aún sabía por qué, pero ella iba a hacerlo, y era un error.

Ella tenía que saber que era un error.

Era suya. Se pertenecían el uno al otro. Ella lo sabía. Lo sabía, maldición.

¿Cuánto duraba una boda? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Veinte? Nunca antes se había fijado; nunca se le había ocurrido, desde luego, mirar el reloj al principio y al final.

Nunca se le había pasado por la cabeza que necesitara aquella información. Nunca había pensado que pudiera importarle tanto.

¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? ¿Dos minutos? ¿Diez?

Dobló una esquina y salió a Regent Street mascullando algo que pretendía ser un «disculpe» cuando tropezó con un caballero bien vestido y tiró al suelo su maletín.

Normalmente, se habría detenido para ayudar al caballero y se habría inclinado para recoger el maletín, pero no ese día, hoy; no esa mañana, no.

Ahora, no.

La iglesia. Tenía que llegar a la iglesia. No podía pensar en otra cosa. No debía. Tenía que...

¡Maldición! Se paró en seco cuando un carruaje le cortó el paso. Apoyando las manos en los muslos (no porque quisiera, sino porque su cuerpo desesperado se lo exigía), respiró a grandes bocanadas, intentando aliviar la aguda presión que notaba en el pecho, aquella espantosa sensación de ardor, de desgarramiento que...

El carruaje pasó y Gregory echó a correr de nuevo. Ya estaba cerca. Podía conseguirlo. No podía hacer más de cinco minutos que había salido de casa. Tal vez seis. Parecía que habían pasado treinta, pero no podían ser más de siete.

Tenía que parar aquello. Era un error. Tenía que detenerlo. Lo detendría.

Veía la iglesia. Su campanario gris se alzaba a lo lejos, hacia el cielo azul brillante. Alguien había colgado flores de las farolas. Gregory no distinguía qué clase de flores eran: amarillas y blancas; ama-

rillas, sobre todo. Se derramaban con languidez temeraria, rebotando de las cestas. Tenían un aire de celebración, incluso festivo, y era un error. Aquél no era un día alegre. Aquél no era un acontecimiento que festejar.

Y él iba a detenerlo.

Aminoró el paso lo justo para subir los escalones sin caerse de bruces y abrió la puerta de un tirón, sin oír apenas el estruendo que produjo al estrellarse contra el muro. Quizá debería haberse parado a recobrar el aliento. Quizá debería haber entrado despacio, concederse un momento para evaluar la situación, para calcular por dónde iban.

La iglesia quedó en silencio. El canturreo del párroco cesó y las espaldas se giraron en todos los bancos hasta que todas las caras se volvieron.

Hacia él.

—No —jadeó Gregory, pero le faltaba el aire y apenas se oyó—. No —repitió, más fuerte esta vez, agarrándose al borde de los bancos mientras se tambaleaba hacia delante—. No lo hagas.

Ella no dijo nada, pero Gregory la vio. La vio, vio su boca abierta por la impresión. Vio caer el ramo de sus manos, y lo supo: supo que se había quedado sin respiración.

Estaba preciosa. Su cabello dorado parecía atrapar la luz, y brillaba con un fulgor que lo llenó de ímpetu. Se irguió; todavía le costaba respirar, pero ya podía caminar sin ayuda, y soltó el banco.

—No lo hagas —repitió, avanzando hacia ella con la gallardía sigilosa de un hombre que sabe lo que quiere.

Que sabe lo que debe ser.

Ella seguía sin decir nada. Todos callaban. Era extraño, aquello. Trescientos de los mayores figones de Londres reunidos en un solo edificio, y nadie decía una palabra. Nadie podía quitarle los ojos de encima mientras avanzaba por el pasillo.

—Te quiero —dijo allí mismo, delante de todo el mundo. ¿Qué más daba? No quería que fuera un secreto. No iba a permitir que se

casara con otro sin asegurarse de que todo el mundo supiera que era la dueña de su corazón.

—Te quiero —repitió, y por el rabillo del ojo vio a su madre y a su hermana, sentadas puntillosamente en un banco, boquiabiertas de estupor.

Siguió andando. Pasillo adelante, cada paso más seguro, más firme que el anterior.

—No lo hagas —dijo y, saliendo del pasillo, entró en el ábside—. No te cases con él.

—Gregory —susurró ella—, ¿por qué haces esto?

—Te quiero —dijo él, porque era la única cosa que podía decir. Era lo único que importaba.

Los ojos de ella brillaron, y Gregory vio que se le paraba la respiración en la garganta. Ella miró al hombre con el que intentaba casarse. Él levantó las cejas y encogió levemente un hombro, como si dijera: «Tú eliges».

Gregory clavó una rodilla en tierra.

—Cásate conmigo —dijo con toda su alma—. Cásate conmigo.

Dejó de respirar. La iglesia entera contuvo el aliento.

Los ojos de ella se clavaron en los suyos. Eran enormes y claros, y todo cuanto Gregory creía bueno, amable y honrado.

—Cásate conmigo —susurró él una última vez.

Los labios de ella temblaban, pero su voz sonó clara cuando dijo...

Capítulo 1

En el que nuestro héroe se enamora

Dos meses antes

A diferencia de la mayoría de sus conocidos, Gregory Bridgerton creía en el amor verdadero.

Tendría que haber sido un necio para no creer en él.

Ha de tenerse en cuenta lo siguiente:

Su hermano mayor, Anthony.

Su hermana mayor, Daphne.

Sus otros hermanos, Benedict y Colin, por no hablar de sus hermanas Eloise, Francesca y (irritante, pero cierto) Hyacinth, todos ellos (todos) estaban felizmente enamorados de sus cónyuges.

Para la mayoría de los hombres, tal situación sólo sería causa de bilis, pero para Gregory, que había nacido con un espíritu extraordinariamente alegre, si bien fastidioso de cuando en cuando (a decir de su hermana pequeña), ello sólo significaba que no le quedaba más remedio que creer en lo obvio:

Que el amor existía.

No era un vaporoso producto de la imaginación, ideado para impedir que los poetas perecieran de inanición. Podía no ser algo que se viera, se oliera o se tocara, pero estaba ahí, y sólo era cuestión

de tiempo que él también encontrara a la mujer de sus sueños y sentara la cabeza para dar fruto y multiplicarse, y adoptara aficiones tan incomprensibles como el papel maché o el coleccionismo de ralladores de nuez moscada.

Aunque, si uno quería poner los puntos sobre las íes (lo cual parecía un tanto apurado tratándose de un concepto tan abstracto), sus sueños no incluían exactamente una mujer. O, al menos, no una mujer con atributos específicos e identificables. Gregory no sabía nada sobre aquella mujer suya, la que se suponía que iba a transformar su vida por completo, convirtiéndolo en un alborozado pilar de la respetabilidad y el aburrimiento. Ignoraba si sería alta o baja, morena o rubia. Le gustaba pensar que sería inteligente y poseería un fino sentido del humor, pero, aparte de eso, ¿qué iba a saber él? Podía ser tímida o extrovertida. Podía gustarle cantar. O quizá no. Tal vez fuera una amazona de tez sonrojada por pasar tanto tiempo a la intemperie.

Gregory no lo sabía. En lo tocante a aquella mujer, a aquella fémina imposible, maravillosa y, de momento, inexistente, lo único que sabía en realidad era que cuando la encontrara...

Lo sabría.

Ignoraba cómo lo sabría; sólo sabía que lo sabría. Algo tan trascendental, algo que hacía temblar la tierra y cambiaba la vida de arriba abajo... en fin, no podía florecer sigilosamente. Llegaría con ímpetu y vigor, como el proverbial mazazo. La única duda era cuándo.

Y, entre tanto, Gregory no veía razón para no pasarlo bien mientras esperaba su llegada. A fin de cuentas, no hacía falta llevar la vida de un monje mientras uno aguardaba el amor verdadero.

Gregory era, a decir de todos, un londinense bastante típico, con una renta cómoda (aunque en absoluto exuberante), montones de amigos y una cabeza lo bastante despejada como para saber cuándo dejar una mesa de juego. En el mercado matrimonial era considerado

un partido bastante bueno, aunque no precisamente de los mejores (los cuartos hijos nunca llamaban mucho la atención), y las señoras de la alta sociedad siempre recurrían a él cuando necesitaban un soltero apetecible para equilibrar el número de invitados a una cena.

Cosa que le permitía estirar un poco más la mencionada renta... lo cual era siempre una ventaja.

Tal vez debiera tener alguna aspiración más en la vida. Alguna meta, o simplemente una tarea significativa que cumplir. Pero eso podía esperar, ¿no? Pronto, estaba seguro, todo se aclararía. Sabría qué era lo que quería hacer, y con quién deseaba hacerlo, y entre tanto...

No se divertía. Al menos, ahora mismo.

O séase:

En este preciso instante, Gregory estaba sentado en un sillón de cuero, en uno bastante cómodo, y no es que ello tenga ninguna importancia en el asunto, aparte del hecho de que la comodidad le inducía a soñar despierto, lo que a su vez le inducía a no escuchar a su hermano, quien, es preciso decirlo, estaba de pie a unos dos metros de él, discurseando acerca de tal o cual cosa, con la inclusión casi segura de diversas variaciones de los conceptos «deber» y «responsabilidad».

Gregory no le prestaba atención. Rara vez se la prestaba.

Bueno, de vez en cuando, sí, pero...

—¿Gregory? ¡Gregory!

Gregory levantó la mirada, pestañeando. Anthony tenía los brazos cruzados, lo cual nunca era buena señal. Era el vizconde Bridgerton desde hacía más de veinte años. Y aunque fuera (Gregory era el primero en admitirlo) el mejor de los hermanos, habría sido un señor feudal de primera.

—Te pido disculpas por interrumpir tus cavilaciones, sean cuales sean —dijo Anthony secamente—, pero ¿has oído por casualidad algo de lo que he dicho?

—Diligencia —repitió Gregory como un loro, inclinando la cabeza con lo que le pareció gravedad suficiente—. Claridad de miras.

—En efecto —dijo Anthony, y Gregory se felicitó por una actuación tan inspirada—. Ya va siendo hora de que busques un propósito en la vida.

—Por supuesto —murmuró Gregory, más que nada porque se había saltado la cena y tenía hambre, y había oído que su cuñada iba a servir un refrigerio en el jardín. Además, no tenía sentido discutir con Anthony. Jamás.

—Debes cambiar. Escoger un nuevo rumbo.

—En efecto. —Quizás hubiera emparedados. En ese momento podía comerse unos cuarenta de aquellos pequeñitos, sin corteza.

—Gregory...

La voz de Anthony tenía aquel tono. El tono que, aunque imposible de describir, era bastante fácil de reconocer. Y Gregory sabía que era hora de prestar atención.

—Sí —dijo, porque, a decir verdad, era asombroso lo bien que una sola sílaba podía posponer una frase auténtica—. Espero ingresar en el clero.

Anthony se paró en seco. Se quedó muerto, helado, frío. Gregory se detuvo a saborear aquel momento. Lástima que tuviera que convertirse en un condenado vicario para conseguirlo.

—¿Cómo has dicho? —murmuró por fin su hermano.

—No tengo muchas alternativas —respondió Gregory. Y, al pronunciar aquellas palabras, cayó en la cuenta de que era la primera vez que las decía. De alguna forma, aquello las hacía más reales, más permanentes—. Es el ejército o el clero —continuó—. Y, bueno, hay que reconocerlo: tengo una pésima puntería.

Anthony no dijo nada. Todos sabían que aquello era cierto.

Pasado un momento de violento silencio, Anthony murmuró:

—Hay espadas.

—Sí, pero con la suerte que tengo me destinarán al Sudán.
—Gregory se estremeció—. No es por ponerme puntilloso, pero ese calor... ¿Tú querrías ir?

—No, claro que no —contestó Anthony inmediatamente.

—Y —añadió Gregory, que empezaba a divertirse—, está mamá.
Hubo una pausa. Luego:

—¿Qué tiene ella que ver con... el Sudán?

—No le agradecería mucho mi partida, y además tú, lo sabes muy bien, serías quien tendría que cogerla de la mano cada vez que se preocupara o tuviera alguna pesadilla fantasmal acerca de...

—No digas más —le interrumpió Anthony.

Gregory se permitió una sonrisa para sus adentros. A decir verdad, aquello no le hacía justicia a su madre, que, era justo reconocerlo, nunca se las había dado de vaticinar el futuro con cosas tan etéreas como un sueño. Pero odiaría que él se fuera al Sudán, y Anthony tendría que escuchar sus lamentos.

Y como Gregory no deseaba particularmente abandonar las brumosas costas de Inglaterra, aquello era hablar por hablar, de todas formas.

—Ya —dijo Anthony—. Ya. Me alegra, entonces, que finalmente hayamos podido tener esta conversación.

Gregory miró el reloj.

Anthony carraspeó y, cuando volvió a hablar, había un deje de impaciencia en su voz.

—Y que finalmente estés pensando en el futuro.

Gregory sintió que algo se le tensaba en la parte de atrás de la mandíbula.

—Sólo tengo veintiséis años —le recordó—. Soy muy joven para que repitas tanto la palabra «finalmente».

Anthony se limitó a enarcar una ceja.

—¿Quieres que me ponga en contacto con el arzobispo? ¿Qué te busque una parroquia?

El pecho de Gregory se encogió en un inesperado ataque de tos.

—Eh, no —dijo cuando pudo—. Todavía no, al menos.

Una esquina de la boca de Anthony se movió. Pero no mucho, y no, ni por asomo, en una sonrisa.

—Podrías casarte —dijo suavemente.

—Podría —convino Gregory—. Y lo haré. De hecho, pienso hacerlo.

—¿De veras?

—Cuando encuentre la mujer adecuada. —Y luego, al ver la expresión incrédula de Anthony, añadió—: Seguramente tú, más que cualquier otra persona, me recomendarías un matrimonio por amor, antes que uno por conveniencia.

Anthony estaba (todo el mundo lo sabía) enamorado de su esposa, quien a su vez estaba inexplicablemente enamorada de él. Anthony estaba también (todo el mundo lo sabía) entregado a sus siete hermanos pequeños, así que Gregory no debería haber sentido una efusión inesperada de emoción cuando dijo en voz baja:

—Te deseo toda la felicidad de la que disfruto yo.

El rugido de su estómago le salvó de tener que contestar. Miró a su hermano con expresión avergonzada.

—Lo siento. No he cenado.

—Lo sé. Te esperábamos más temprano.

Gregory logró no dar un respingo. Por los pelos.

—Kate estaba un poco molesta.

Eso era lo peor. Que Anthony estuviera enojado era una cosa. Pero cuando decía que su esposa estaba disgustada...

Entonces era cuando Gregory sabía que estaba en apuros.

—Salí tarde de Londres —farfulló. Era la verdad, pero aun así no excusaba su mala conducta. Le esperaban en casa a la hora de la cena, y no había llegado. Estuvo a punto de decir «La compensaré», pero en el último momento se mordió la lengua. Sabía que sólo conseguiría empeorar las cosas, casi como si se estuviera tomando a

la ligera su impuntualidad y asumiera que podía hacer olvidar cualquier ofensa con su sonrisa y su labia. Y a menudo podía, pero por alguna razón esta vez...

No quería hacerlo.

Así que se limitó a decir:

—Lo siento. —Y lo sentía de verdad.

—Está en el jardín —refunfuñó Anthony—. Creo que piensa celebrar un baile... en el patio, si es que puedes creerlo.

Gregory podía. Era muy propio de su cuñada. Kate no era de las que dejaban pasar una ocasión favorable, y haciendo un tiempo tan bueno, ¿por qué no organizar un baile improvisado al aire libre?

—Asegúrate de bailar con quien ella quiera —dijo Anthony—. No querrá que ninguna de las jovencitas se sienta excluida.

—Claro que no —murmuró Gregory.

—Me reuniré con vosotros dentro de un cuarto de hora —añadió Anthony, volviendo a su escritorio, donde le aguardaban varios montones de papeles—. Todavía tengo que acabar unas cosas.

Gregory se levantó.

—Se lo diré a Kate. —Y entonces, terminada ya evidentemente la conversación, salió de la habitación y se encaminó al jardín.

Hacía algún tiempo que no iba a Aubrey Hall, la casa solariega de los Bridgerton. La familia se reunía allí, en Kent, en Navidad, por supuesto, pero a decir verdad Gregory no sentía que aquella casa fuera su hogar, ni lo había sentido nunca. Tras la muerte de su padre, su madre había hecho algo poco convencional y había desarraigado a la familia, prefiriendo pasar casi todo el año en Londres. Ella nunca lo había dicho, pero Gregory siempre había sospechado que aquella casa, antigua y elegante, contenía demasiados recuerdos.

De ahí que él siempre se hubiera sentido más a gusto en la ciudad que en el campo. La casa de su infancia era Bridgerton House, en Londres, no Aubrey Hall. Aun así, disfrutaba de sus visitas, y siempre se apuntaba a actividades bucólicas tales como montar a caballo

y nadar (cuando la temperatura del lago lo permitía), y, cosa rara, le gustaba el cambio de ritmo. Le gustaba sentir el aire limpio y apacible después de pasar meses en la ciudad.

Y le gustaba poder dejar todo aquello atrás cuando se le hacía demasiado limpio y apacible.

Los festejos de esa noche iban a celebrarse en el prado del sur, o eso le había dicho el mayordomo al llegar, esa tarde. Parecía un buen lugar para una *fête* al aire libre: terreno llano, vistas sobre el lago y un patio espacioso con sitios de sobra para los menos enérgicos.

Al acercarse al largo salón que se abría al jardín, oyó entrar por las puertas francesas un suave murmullo de voces. No sabía con certeza a cuántas personas había invitado su cuñada a la fiesta: seguramente serían entre veinte y treinta. Lo bastante pocas como para que la fiesta fuera íntima, pero suficientes para que uno pudiera escapar en busca de un poco de paz y tranquilidad sin dejar un hueco visible en la reunión.

Mientras atravesaba el salón, respiró hondo, intentando en parte adivinar qué clase de comida había decidido servir Kate. No sería mucha, claro; ya habría atiborrado a sus invitados en la cena.

Dulces, se dijo al notar un leve olor a canela cuando llegó al patio de piedra gris clara. Dejó escapar un suspiro desilusionado. Estaba muerto de hambre, y en aquel momento un buen filetón le sonaba a gloria.

Pero llegaba tarde, y no era culpa de nadie, salvo suya, y Anthony le arrancaría la cabeza si no se unía inmediatamente a la fiesta, así que tendría que conformarse con pasteles y galletas.

Una brisa cálida le rozó la piel al salir. Hacía bastante calor para estar en mayo; todo el mundo hablaba de ello. Aquélla era la clase de tiempo que parecía levantar el ánimo: tan sorprendentemente agradable que uno no podía menos que sonreír. Y, en efecto, los invitados que merodeaban por allí parecían estar de buen humor;

carcajadas y gorgoritos de risa sazonaban con frecuencia el suave zumbido de las conversaciones.

Gregory miró a su alrededor, en busca de los refrigerios y de alguien a quien conociera, a poder ser su cuñada Kate, a la que, conforme a las normas del decoro, debía saludar la primera. Pero mientras paseaba la mirada por la escena...

La vio.

A ella.

Y lo supo. Supo que era ella. Se quedó helado, paralizado. El aire no salió de golpe de su cuerpo; pareció escapar lentamente hasta que no quedó nada, y él permaneció allí parado, vacío y ansiando más.

No podía verle la cara, ni siquiera de perfil. Sólo veía su espalda, únicamente la curva arrebatadora y perfecta de su cuello y un mechón de pelo rubio que se rizaba sobre su hombro.

Y sólo pudo pensar: *Estoy perdido.*

Para el resto de las mujeres, estaba perdido. Aquella intensidad, aquel ardor, aquella certeza avasalladora... Nunca había sentido nada igual.

Tal vez fuera una tontería. Quizá fuera una locura. Seguramente era ambas cosas. Pero había estado esperando. Llevaba esperando aquel momento mucho tiempo. Y de pronto comprendió por qué no había ingresado en el ejército ni en el clero, ni había aceptado una de las frecuentes ofertas de su hermano para dirigir alguna de las fincas menores de los Bridgerton.

Había estado esperando. Eso era todo. Demonios, ni siquiera se había dado cuenta de hasta qué punto había estado esperando aquel momento sin hacer otra cosa.

Y allí estaba.

Allí estaba *ella*.

Y él lo sabía.

Lo sabía.

Cruzó despacio el prado, olvidando a Kate y la comida. Logró saludar con un murmullo a una o dos personas junto a las que pasó, sin aflojar el paso. Tenía que llegar hasta ella. Tenía que verle la cara, respirar su olor, conocer el timbre de su voz.

Y entonces llegó y se quedó parado a unos metros de ella. Estaba sin aliento, estupefacto, casi colmado por el simple hecho de hallarse en su presencia.

Ella estaba hablando con otra joven; la conversación era lo bastante animada como para que saltara a la vista que eran amigas. Gregory se quedó allí un momento, observándolas hasta que se volvieron lentamente y le vieron allí.

Sonrió. Suavemente, sólo un poquito. Y dijo...

—¿Cómo están?

Lucinda Abernathy, más conocida (para quienes la conocían) como Lucy, sofocó un gruñido al volverse hacia el caballero que se había acercado a ella sigilosamente, seguramente para mirar a Hermione con ojos de cordero, como hacían, en fin, todos al conocerla.

Era el precio que debía pagar por ser amiga de Hermione Watson, que coleccionaba corazones rotos como el viejo vicario de la abadía coleccionaba mariposas.

La única diferencia era, naturalmente, que Hermione no atravesaba los ejemplares de su colección con odiosos alfileres. A decir verdad, Hermione no deseaba romperle el corazón a ningún caballero, ni jamás se proponía hacerlo. Eran... cosas que pasaban. Lucy ya estaba acostumbrada. Hermione era Hermione, con su cabello rubio claro del color de la mantequilla, su cara en forma de corazón y sus ojos enormes y bien separados, del más sorprendente tono de verde.

Lucy, por su parte, era... En fin, no era Hermione, eso estaba claro. Era simplemente ella misma, y casi siempre le bastaba con eso.

Lucy era, en casi todos los aspectos visibles, un poquitín menos que Hermione. Un poco menos rubia. Un poco menos delgada. Un poco menos alta. El color de sus ojos era un poco menos vívido: gris azulado, en realidad, bastante bonitos si se los comparaba con los de cualquiera que no fuera Hermione, pero de poco le servía, porque nunca iba a ninguna parte sin ella.

Había llegado a aquella pasmosa conclusión un día que no estaba prestando atención a sus lecciones de Composición y Literatura Inglesa en la escuela de la señorita Moss para Señoritas Excepcionales, de la que Hermione y ella habían sido alumnas durante tres años.

Lucy era un poquito menos. O quizá, si uno quería expresarlo con menos crudeza, era simplemente *no tanto*.

Era, suponía, razonablemente atractiva, con aquel aire sano y tradicional, como de rosa inglesa, pero los hombres rara vez (está bien, nunca) se quedaban patidifusos en su presencia.

Hermione, en cambio... En fin, era una suerte que fuera tan buena persona. Si no, habría sido imposible ser su amiga.

Bueno, eso y el hecho de que no supiera bailar. El vals, el minué, la cuadrilla: daba igual. Si había música y movimiento por medio, Hermione era incapaz.

Y eso era encantador.

Lucy no se consideraba una persona especialmente superficial, y, si alguien le hubiera preguntado, habría insistido en que de buena gana se arrojaría delante de un carruaje por su mejor amiga, pero había una especie de gratificante justicia en el hecho de que la joven más bella de Inglaterra tuviera dos pies izquierdos, y al menos uno de ellos cojo.

Metafóricamente hablando.

Y ahora allí había otro. Otro hombre, claro, no otro pie. Y guapo, además. Alto, aunque no demasiado, con el pelo castaño claro y una sonrisa bastante bonita. Y también un brillo en los ojos, cuyo color ella no podía distinguir en la penumbra.

Eso por no decir que en realidad no podía verle los ojos, porque no la estaba mirando a ella. Estaba mirando a Hermione, como hacían siempre los hombres.

Y entonces hizo algo sumamente extraño. Tras desvelar su nombre (Lucy debería haber adivinado que era un Bridgerton por su aspecto), se inclinó y le besó la mano primero a ella.

Lucy se quedó sin respiración.

Después, naturalmente, se dio cuenta de lo que pretendía.

Oh, era bueno. Era realmente bueno. Nada, nada podía granjearle a un hombre la simpatía de Hermione con más rapidez que un cumplido dirigido a ella.

Lástima que el corazón de Hermione ya estuviera ocupado.

En fin. Al menos sería divertido ver desarrollarse el drama.

—Soy la señorita Hermione Watson —estaba diciendo Hermione, y Lucy se dio cuenta de que la táctica del señor Bridgerton era doblemente astuta. Al besar la mano de Hermione en segundo lugar, podía demorarse sobre ella, y luego sería Hermione quien tendría que hacer las presentaciones.

Lucy estaba casi impresionada. Aunque sólo fuera por eso, aquello le hacía parecer ligeramente más inteligente que el caballero medio.

—Y ésta es mi queridísima amiga —prosiguió Hermione— lady Lucinda Abernathy.

Lo dijo como siempre lo decía, con cariño y devoción, y quizá con un ligerísimo toque de desesperación, como si dijera: «Por el amor de Dios, hágale también un poco de caso a Lucy».

Pero a ella nunca le hacían caso, desde luego. Salvo cuando querían consejo respecto a Hermione, su corazón y la conquista del mismo. Cuando eso sucedía, Lucy estaba siempre muy solicitada.

El señor Bridgerton (el señor Gregory Bridgerton, se corrigió Lucy para sus adentros, porque había, que ella supiera, tres señores Bridgerton en total, sin contar al vizconde, claro) se volvió y la sorprendió con una sonrisa encantadora y una mirada cálida.

—¿Cómo está, lady Lucinda? —murmuró.

—Muy bien, gracias. —Y podría haberse abofeteado porque tartamudeó antes de pronunciar la eme de «muy». Pero, por todos los santos, a ella nunca la miraban después de mirar a Hermione. Nunca.

¿Estaría interesado en ella?

No, imposible. Nunca lo estaban.

Y, en realidad, ¿qué más daba? Sería delicioso, claro, que un hombre se enamorara apasionada y locamente de ella, para variar. En realidad, no le importaría que le hicieran caso. Pero lo cierto era que Lucy estaba prácticamente comprometida con lord Haselby desde hacía años y años, así que era absurdo que tuviera un rendido admirador. Ello no podía llevar a ninguna parte, de todos modos.

Y, dejando eso a un lado, Hermione no tenía la culpa de haber nacido con la cara de un ángel.

Así pues, Hermione era la sirena y Lucy su fiel amiga, y todo era perfecto. O si no perfecto, al menos sí bastante predecible.

—¿Podemos contarle entre nuestros anfitriones? —preguntó por fin Lucy, puesto que nadie había dicho una palabra desde el obligado «encantado de conocerle».

—Me temo que no —contestó el señor Bridgerton—. Aunque me gustaría atribuirme el mérito de la fiesta, resido en Londres.

—Es usted muy afortunado porque Aubrey Hall pertenezca a su familia —le dijo Hermione amablemente—, aunque sea de su hermano.

Y entonces fue cuando Lucy lo supo. El señor Bridgerton se había prendado de Hermione. Poco importaba que hubiera besado primero su mano, o que la mirara cuando decía algo, cosa que la mayoría de los hombres no se molestaba en hacer. Sólo había que ver el modo en que la miraba cuando hablaba para comprender que él también se había unido al rebaño.

Sus ojos tenían esa mirada ligeramente vidriosa. Sus labios estaban entreabiertos. Y había en él una intensidad, como si tuviera ganas

de coger a Hermione en brazos y llevársela colina abajo, mandando al diablo a la gente y el decoro.

Aquella mirada no se parecía a la que le dedicaba a ella, que fácilmente podía catalogarse como de amable desinterés. O quizá quisiera decir: «¿Por qué está usted en medio y me impide coger a Hermione en brazos y llevármela colina abajo, y al diablo con la gente y el decoro?».

No era una desilusión, exactamente. Era sólo... lo de siempre.

Debería haber una palabra para aquello. Sí, debería haberla.

—¿Lucy? ¿Lucy?

Lucy se dio cuenta con cierto embarazo de que no estaba prestando atención a la conversación. Hermione la miraba con curiosidad, con la cabeza ladeada de esa manera que los hombres parecían encontrar tan arrebatadora. Ella había probado a ladear la cabeza así una vez. Y se había mareado.

—¿Sí? —murmuró, dado que parecía hacerse necesaria alguna expresión verbal.

—El señor Bridgerton me ha invitado a bailar —dijo Hermione—, pero le he dicho que no puedo.

Hermione siempre estaba inventándose resfriados y torceduras de tobillo para no acercarse al salón de baile. Lo cual estaba muy bien, de no ser porque le encasquetaba a ella todos sus pretendientes. Lo cual había estado muy bien al principio, pero después se había vuelto tan repetitivo que sospechaba que aquellos caballeros pensaban que los empujaba hacia ella por lástima, lo cual no podía estar más lejos de la verdad.

Lucy era, aunque estuviera mal que lo dijera ella, una buena bailarina. Y una estupenda conversadora, también.

—Será un placer para mí bailar con lady Lucinda —dijo el señor Bridgerton, porque, en realidad, ¿qué otra cosa podía decir?

Así pues, Lucy esbozó una sonrisa, no del todo sincera, pero sonrisa al fin y al cabo, y dejó que la condujera al patio.